



III CONGRESO INTERNACIONAL DE CATEQUESIS

*El Catequista, Testigo de la Vida nueva en Cristo
Vaticano, 8-10 septiembre de 2022*

**EL CAMINO DE SANTIAGO,
ITINERARIO DE CONVERSIÓN Y OPORTUNIDAD
PARA LA EVANGELIZACIÓN**

III Congresso Internazionale di Catechesi
IL CATECHISTA, TESTIMONE DELLA VITA NUOVA IN CRISTO
Vaticano, 8-10 settembre 2022

EL CAMINO DE SANTIAGO,
ITINERARIO DE CONVERSIÓN Y OPORTUNIDAD
PARA LA EVANGELIZACIÓN

CAROLINA BLÁZQUEZ CASADO
10 settembre 2022

En el verano del 2005, hace más de quince años, una pequeña fraternidad de hermanas agustinas procedentes del Monasterio de la Conversión en Sotillo de la Adrada, un pueblo de la Diócesis de Ávila, se hizo presente en el Camino de Santiago —concretamente en el albergue parroquial de Santa María del Camino de Carrión de los Condes, Diócesis de Palencia— atraídas por el paso de los miles de hombres y mujeres que, de todos los puntos de la tierra, emprenden la peregrinación a Compostela buscando una Palabra de Vida, una Compañía que salve su soledad, una respuesta de Sentido a la existencia.

El Camino de Santiago se presentaba ante nosotras como un ágora, espacio y oportunidad de encuentro con aquellos que, raramente, se plantearían la posibilidad de acercarse a la hospedería del Monasterio. Fue justamente esto, la posibilidad de encuentro y diálogo con “los alejados”, los extraños, los distintos, lo que nos impulsó a dar este paso.

La acogida a los peregrinos se realiza por parte de la comunidad de hermanas acompañadas, especialmente durante la época del verano, por jóvenes, familias, sacerdotes, religiosos de otras congregaciones, peregrinos de otros años... que, por turnos de una semana, comparten la vida y la misión con nosotras a modo de voluntariado y servicio de caridad.

Cada día, desde marzo hasta octubre, pernoctan en el albergue una media de 50 peregrinos, fácilmente de más de diez nacionalidades y, muchas veces, de los cinco continentes. A la presencia tradicional de peregrinos provenientes de diversos países europeos —Francia, Alemania, Italia y, últimamente, cada vez más de países del Este de Europa—, se ha sumado una avalancha de

peregrinos norteamericanos, hasta convertir a EEUU en el país extranjero de mayor presencia en el camino cada año. Los peregrinos asiáticos proceden principalmente de Korea del Sur y, aunque en menor cantidad, hay también peregrinos de Japón y China. Una presencia significativa, por la lejanía geográfica y cultural, es la de los peregrinos australianos y neozelandeses, así como de Sudáfrica. Después del paréntesis de la pandemia, este perfil de los peregrinos se mantiene y, aunque un poco menos numeroso, el camino en este verano 2022 ha recobrado su atractivo.

La jornada del peregrino se inicia rozando el alba cuando, silenciosamente y, aún en medio de la oscuridad, empieza a recorrer la etapa de ese día. Mientras la comunidad de acogida inicia su oración de la mañana, expresando la dimensión de intercesión que caracteriza nuestra presencia allí. Luego, el albergue se limpia y se prepara para la llegada del nuevo grupo de peregrinos. A las doce, cuando María acogió la visita de Dios en su vida y Dios encontró en el seno de una mujer una casa —en el momento del *Ángelus*— se abre la puerta del albergue y los peregrinos empiezan a entrar. Esta primera acogida se realiza uno a uno, persona a persona, se toma nota de cada nombre, lugar de origen, tramo del camino hecho hasta ese momento, se les ofrece un vaso de agua, se les acomoda y se les explica el horario, si es posible en su propio idioma, como un gesto de proximidad.

Por la tarde, tras el necesario descanso, en la entrada del albergue se convoca a todos para un encuentro. En este momento hay un lenguaje universal que nos aglutina y hermana: la música. Se canta y se pregunta a cada uno: ¿Quién eres? ¿Por qué haces el camino? Muchos, de una forma sencilla y profunda, cuentan el motivo de su camino aludiendo a un momento existencial de cambio, de pérdida, de crisis que sufren. Este peso interior que cargan consigo es mucho más pesado que la gran mochila que llevan sobre los hombros y el hecho de encontrar un espacio donde poder contarlo, compartirlo, ser escuchado... crea una “misteriosa” fraternidad entre los compañeros de camino.

Tras este primer encuentro musical, los peregrinos pueden venir a la Iglesia para vivir el Emaús cotidiano donde la presencia de Jesús, compañero misterioso del camino, se da a conocer en la Palabra y el Pan eucarístico. Al final de la misa, se ofrece la bendición del peregrino, expresión del Amor de Dios por todos, gesto universal de la peregrinación que traspasa cualquier diferencia religiosa, creencia o ideología.

Después llega el momento de la “cena compartida” donde el pan material también es partido y repartido. Se trata de un momento cálido y espontáneo de diálogo más interpersonal, de

conocimiento mutuo, de simpatía y amistad en la alegría de la mesa fraterna que une y es signo de celebración y fiesta.

Todo se termina rápido para poder descansar y continuar al día siguiente la marcha. Un encuentro fugaz y de gran intensidad, que se renueva cada día, como el fluir de un río. Contamos con unas pocas horas, unos momentos escuetos y veloces para vivir con el peregrino pues, al día siguiente, tempranísimo, partirá de nuevo y quizá no volveremos a verlos... algunos regresan e, incluso, desean vincular su experiencia de amistad, de comunión, de búsqueda de Dios vivida en la peregrinación con nosotras. Algunas peregrinas, incluso, han encontrado en el albergue su vocación y ahora forman parte de nuestra comunidad

Son ellos, los peregrinos, los testigos de primera mano que nos cuentan lo que puede pasar —lo que de hecho pasa—, como un verdadero milagro de la gracia, a lo largo del Camino. Gracias a ellos y sus vidas y relatos trataré de exponer los rasgos paradigmáticos de la experiencia de conversión en el Camino de Santiago y por qué, por ello, la peregrinación a Santiago de Compostela es hoy una oportunidad de gracia, un *kairós*, donde estar presentes y ofrecer a todos la buena nueva del Evangelio.

1. La peregrinación como topos antropológico

El viaje de retorno a la patria, a la casa, al origen es uno de los *topoi* más sugerentes de la literatura de toda la humanidad. Cada ser humano se siente Ulises recorriendo el mar proceloso de la existencia en busca del descanso definitivo por el que sufre nostalgia y al que se siente atraído más allá de toda lejanía. La casa es presentida como el origen y, también, paradójicamente, la meta y el destino de la existencia. La vida es concebida como un largo camino de vuelta, de regreso desde la extranjería y el exilio hasta reconocer, de nuevo, la patria y el hogar donde cada uno sabe que será siempre esperado, acogido y amado.

Cuando nos adentramos en el estudio de la Historia de las Religiones este *topos* antropológico del viaje se orienta hacia la Trascendencia, denominándose peregrinación. Para el hombre religioso el puerto donde atracar la vida está junto a su Dios. Para él todo se encamina y reorienta hacia el ser trascendente. El itinerario hacia Dios es la peregrinación, entendida, en un sentido amplio, como metáfora de la existencia y también como ejercicio concreto de experiencia religiosa en las diferentes rutas de peregrinación vinculadas a las diversas religiones del mundo.

En la peregrinación se da una experiencia dinámica de progresiva y creciente cercanía, orientación, proximidad con Dios a través, justamente, de las realidades de este mundo. Etimológicamente peregrinar (*per-agros*) significa pasar por esta tierra, recorrer este mundo mirando al cielo, orientando todo hacia el destino, remodelando la relación con las cosas, reeducando nuestro modo de estar en medio del cosmos en relación con el horizonte de sentido que buscamos, que hambreamos, que nos espera en la meta. La meta colorea el recorrido y este, a su vez, se convierte en preparación, verdadero maestro, mistagogo para el encuentro con el Misterio.

2. La peregrinación como desafío para la evangelización

En la reflexión eclesial sobre la evangelización es frecuente abordar la temática sobre los nuevos areópagos de la cultura y la sociedad y, por tanto, de la evangelización. Se trata de localizar y crear ámbitos o lugares donde los hombres y las mujeres de hoy, con sus preocupaciones reales, sus búsquedas y sus deseos más profundos, puedan entrar en contacto y abrirse al encuentro con la verdad del Evangelio y el testimonio de vida de los cristianos.

El camino de Santiago es una oportunidad grande, en este sentido, porque nos pone en contacto con hombres y mujeres que representan el arquetipo de la sociedad secularizada posmoderna: vida cómoda, marcada por el bienestar, el materialismo y la búsqueda del placer; libertad y autonomía como grandes valores; actitud relativista, respeto a la pluralidad entendida como indiferencia y permisividad; distancia crítica ante la fe eclesial e insatisfacción existencial que explica la atracción creciente hacia nuevas formas o modalidades de espiritualidad y religiosidad. Las razones que motivan la peregrinación pueden ser muy variopintas: desde la llamada motivación espiritual a la deportiva, cultural, de ocio y turística... pero, en el recorrido, emergen los grandes interrogantes existenciales sobre el sentido de la vida, la propia identidad, la herida del sufrimiento y el fracaso que precipitan la pregunta sobre la trascendencia y la apertura a la dimensión religiosa.

El Camino además puede propiciar también un despertar en la fe en muchos bautizados que han perdido el contacto con la Iglesia. Estos, a lo largo de la peregrinación, entran en los templos buscando silencio, serenidad - ¡fresquito! - y, en muchos casos, asisten incluso a las celebraciones litúrgicas, por ejemplo, la bendición o la misa del peregrino, puesto que hay una cierta conciencia de que estas propuestas religiosas forman parte, también para los no practicantes, de la experiencia de la peregrinación.

Por último, el peregrino vive con sorpresa el testimonio de caridad, servicio y gratuidad, en forma de acogida, ayuda, cuidado físico, psicológico y espiritual, acompañamiento, misericordia y ternura que muchos hombres y mujeres, por amor a Jesús, desinteresadamente, en total gratuidad, ofrecen a los peregrinos a lo largo del camino a través de la hospitalidad cristiana en los albergues.

En definitiva, todo este elenco de situaciones particulares que se dan en el Camino de Santiago lo convierten en espacio propicio para el encuentro evangelizador con el hombre de hoy en un estado de búsqueda y apertura personal que propicia la experiencia de conversión.

3. La peregrinación como itinerario de conversión

En el Camino de Santiago reconocemos además una propedéutica para el encuentro con Dios. El deseo, la memoria, las flechas, la Gracia son los cuatro pasos de este itinerario de conversión en el que se adentran los peregrinos y que voy a describir seguidamente.

- Despertar al deseo de más

El hecho de ponerse a caminar es signo, de algún modo, de un despertar. Es un acto de rebeldía, ruptura e inconformismo con la vida cotidiana, sufrida y sentida como insuficiente. Implica renunciar a un estilo de vivir cómodo, sonámbulo, superficial, asentado en la búsqueda del “bienestar” que nos conduce, paradójicamente cuanto más acaparamos, al vacío.

Muchos peregrinos cuentan que en un momento concreto de su vida el “deseo de más” les ha despertado del letargo de la vida cotidiana. Este despertar suele estar ligado a diversas situaciones existenciales como, por ejemplo, los momentos de tránsito vital o decisión vocacional —el paso de la época de estudiante a la nueva etapa vital de trabajo y elección vocacional y profesional o, al contrario, la entrada en la jubilación que supone un nuevo tiempo y espacio vital que requiere un nuevo sentido para afrontarlo—, las experiencias de crisis, de dolor y pérdida que exigen un espacio de reflexión, aceptación y duelo —como la separación matrimonial, la muerte de un ser querido o la lucha contra la enfermedad—, la necesidad de agradecer la abundancia de bien y salud en la vida o, simplemente, la búsqueda de espacios de silencio, de interioridad, de encuentro consigo mismo, con la creación y con los demás... estamos antes los grandes interrogantes de la existencia que despiertan la sed de más y que muchos vinculan con la decisión de iniciar el camino de Santiago.

- La memoria penitencial

El día a día del peregrino es otro factor que predispone al caminante para vivir y abrirse a la experiencia religiosa, pues según se avanza, uno se sumerge en un proceso de encuentro consigo mismo y su propia historia. Se pierden las máscaras, los escudos tras los que nos escondemos, sobre todo, de nosotros mismos. En cierto modo, al peregrinar el hombre sale de su escondrijo y retorna a un estado de indefensión, inocencia y disponibilidad que caracteriza la actitud primera, original, de lo humano, la forma de ser del niño.

La propia historia en este momento se impone, entonces, sin tapujos ante la conciencia, vamos entendiendo (*intus-legere*), reconociendo un sentido interior en la dura y clara verdad de nuestra condición paradójica y agónica, vocacionada y orientada a algo grande pero traicionada y falseada tantas veces... Brota así el sentido de pecado, de responsabilidad, de culpa y miseria como respuesta a la llamada primera de plenitud y belleza. El interior del peregrino, según camina, es visitado por nombres, rostros, episodios, acontecimientos, lugares, encuentros, palabras, incluso aquello que parecía totalmente olvidado... y en su corazón se alumbran dos fuertes y paradoxales sentimientos: el arrepentimiento y la gratitud.

Esta experiencia íntima provoca también en el peregrino la necesidad de una cierta confesión, de aquí, el sentido del cuaderno o diario del peregrino donde va describiendo no solo el recorrido externo y los sucesos de cada día sino ese itinerario personal como memoria de la propia historia releída en la distancia que permite iluminarla desde una nueva perspectiva más humilde y, quizá por ello, más humana, más abierta al perdón y al encuentro. Esta necesidad de confesión del peregrino se percibe también en los encuentros que se viven con los compañeros de camino a los que con gran sencillez y libertad se les cuenta y hace partícipes de la propia vida. Convertir la historia interior en un relato, darla a conocer, compartirlo con otro forma parte de esta purificación de la memoria.

Hay un lugar en el Camino de Santiago francés donde se concentra este sentido penitencial y de reconciliación del itinerario: la Cruz de Ferro, en el Monte Irago, en la frontera entre Castilla y Galicia, cuando los montes de León anuncian al peregrino que la meta se acerca. Allí los peregrinos deben dejar al pie de la cruz una piedra que han cargado consigo todo el camino como signo de la purificación y la reconciliación vividas en la peregrinación.

Memoria, purificación, lágrimas, narración, cambio... ¿no son acaso estos los pasos de la confesión sacramental? Para muchos peregrinos el camino es el espacio de una verdadera

experiencia penitencial, siguiendo la tradición medieval, que puede encontrar en el sacramento de la penitencia su sello y confirmación.

- Las mediaciones

En el camino de Santiago las flechas amarillas, sembradas a lo largo de todo el recorrido, impiden que el peregrino se pierda. Son pequeñas, no se imponen, solo indican, son signos de gracia humildes, otros las has pintado pensando en nosotros, están en los rincones más insospechados, agazapadas en las aceras de las grandes urbes, gritan en silencio y, así, sostienen y orientan los pasos.

Solo se llega al destino siguiendo la indicación de cada una y, a la vez, hay una relación de necesidad entre todas. Ellas preparan el corazón del peregrino: le enseñan a vivir atento, escudriñando lo que le rodea, dejándose guiar por otro, es como ir de la mano, conducido. Le educan en lo que podríamos llamar un cierto “sentido hilativo”, es decir, una capacidad de leer la orientación y sentido que el rumbo de su camino, de su vida va tomando.

Las flechas son el icono de muchas mediaciones que el camino va ofreciendo al peregrino: la creación y su belleza, el silencio, los compañeros de camino, el albergue de cada día, los hospitaleros, la gente de los pueblos por los que se pasa, las iglesias, la eucaristía y la bendición del peregrino, una palabra, un gesto de generosidad, un vaso de agua fresca... El peregrino va encontrando pequeñas llamadas de gracia, toques humildes que se van acumulando en su corazón y le conducen hacia el momento definitivo de la gracia y la conversión. Se trata de un aprendizaje de vida cristiana donde la mediación de la gracia de Dios, por el misterio de la Encarnación de Cristo, nos permite reconocer la presencia del Señor en cada instante, encuentro, persona y acontecimiento de la vida. Todo es signo de una Presencia amiga.

- El sello de la Gracia

Todo lo descrito hasta aquí enmarca y define a grandes trazos el recorrido espiritual de conversión que el peregrino generalmente vive. Este proceso es absolutamente personal y, por lo tanto, no se realiza de forma mecánica e impositiva sino más bien se vive en la dramática de la libertad.

Al situarse Carrión de los Condes en la mitad del Camino francés —siempre y cuando este se inicie en Pirineos—, las hermanas somos testigos de cómo el peregrino llega a nuestro albergue

generalmente “trabajado” interiormente por este itinerario, disponible y abierto, a la espera de un encuentro definitivo, el momento clave de la gracia. Y, aunque hay tantos factores y elementos precipitantes o inductores, en realidad, no sabemos cuándo, ni cómo, ni dónde se dará la visita de Dios en su Hijo Jesucristo, el *kairós* de cada peregrino. Eso es un misterio que excede nuestros cálculos y previsiones. Es la acción misteriosa del Espíritu y la puerta de la disponibilidad del hombre a sus llamadas hermanadas y encontradas en el abrazo de la gracia y la libertad.

Algunos signos externos testimonian la acogida de la gracia de la conversión: las lágrimas, la práctica de la reconciliación sacramental, la comunión eucarística, el deseo de cambio y el propósito de una vida nueva, la apertura y búsqueda cotidiana de oración y relación íntima con Dios, la entrada en el dinamismo de la caridad y la entrega a los otros a través de la hospitalidad... Con la llegada a la catedral de Santiago se refuerzan estos signos eclesiales: la participación en la misa del peregrino, la confesión, la adquisición de la compostelana o certificación oficial de la peregrinación con las gracias y bendiciones que ofrece la Iglesia a través de estos medios. La adquisición de la Compostelana para aquellos que han vivido un momento de gracia en el camino supone portar consigo, hasta casa, el sello de un cambio, la constatación de que la peregrinación ha supuesto un antes y un después en sus vidas.

4. La urgencia de una mistagogía eclesial

Muchos peregrinos viven, más o menos, una experiencia de gracia similar a la descrita hasta aquí pero no llegan a identificarla con una llamada a un retorno o inserción en la vida cristiana y eclesial con el cambio existencial que esto conlleva, sino que, más bien, esta experiencia queda reducida a una especial vivencia espiritual o religiosa ligada a la peregrinación, pero sin conexión con la vida real y cotidiana del regreso a casa.

En el Camino de Santiago el peregrino vive algo muy especial que muchas veces no sabe interpretar para iluminar su existencia concreta. Hay una discontinuidad entre lo vivido en la peregrinación y la vuelta a casa. No resulta fácil ni inmediato en nuestra sociedad postmoderna reconocer en los signos de bendición recibidos en la peregrinación el amor de Dios providente que nos cuida y busca y nos ofrece la vida de la Iglesia para seguir caminando porque el hombre y la mujer de hoy, en muchos casos, ante la pérdida de las raíces y los referentes cristianos, carece del

lenguaje, los parámetros y las referencias que hacen posible esta interpretación eclesial y existencial de lo vivido.

Es fundamental, por tanto, apostarnos allí, a lo largo de los caminos de Santiago, como testigos de la fe y, muy concretamente, como mistagogos para ayudar a dar nombre y reconocer en clave de vida cristiana lo que ocurre en el interior del caminante. En la mistagogía antigua se ayudaba a los catecúmenos a comprender y ahondar en el sentido de la gracia sacramental recibida a través de varios pasos. Primero, haciendo memoria, es decir, recordándoles y repasando lo que habían vivido en la celebración como parte de la historia de la salvación de Dios con la humanidad y con cada uno de ellos. Se les introducía también en la perspectiva sacramental explicando detenidamente el sentido de los símbolos para, a partir de lo visible, reconocer la presencia de lo invisible en sus vidas, la compañía del Espíritu. Por último, el Misterio se identifica con un nombre, con un rostro: Jesucristo. Nombrar, invocar, hablar con el Misterio, en el cristianismo, no es poseerlo o conocerlo intelectualmente sino responder al acontecimiento de la revelación y así entrar en relación, en comunión, en amistad con Él.

Por lo tanto, hacer memoria de lo vivido, interpretar los símbolos e invocar el nombre de Jesús pueden ser pasos claves para una presencia mistagógica a lo largo del camino de Santiago. La acogida en los albergues, en las Iglesias —son muchísimas las que el peregrino encuentra a lo largo de su recorrido— y, especialmente, en la catedral de Santiago son los espacios apropiados para sencillamente estar y que todos los que pasan encuentren, reconozcan, el tesoro, la perla, el camino y el destino: Jesucristo.